

El México Nuevo

Por Manuel LOPEZ PEREZ

Siempre, desde que se vislumbro la posibilidad —más bien necesidad— de que el señor licenciado Adolfo López Mateos fuera candidato a la Presidencia de la República, hasta que se logró tal acierto, y desde esas fechas hasta las actuales en que se aproxima la llegada del régimen que encabezará, no he desperdiciado ocasión para hablar de un "México Nuevo", necesaria y dolorosamente nuevo". Y he aludido con ello al programa de sacrificio que en bien de la Patria se nos impondrá con la palabra y con el ejemplo del próximo Presidente López Mateos. Los políticos del "realismo", de la combinatoria fría por objetiva, que ven en el gobernante una estrategia de los intereses, simplemente interesados para cuyo triunfo y como pura etiqueta utilizan los principios, las cargas de ideal que inspiraron los movimientos libertarios mexicanos, sonrieron siempre como "voltaires" de la rusticidad ante el esbozo del patriota auténtico que lucha y anhela por administraciones públicas dedicadas a consumir un alto destino nacional; para ellos, nada podrá hacerse limpio, con heroico apego a los deseos de un México justo y feliz por el que arrojaron su sangre los mártires de nuestros gloriosos episodios emancipadores. Y el veneno de este escepticismo traidor se han derramado en las conjeturas de los ciudadanos, despreciando la política como algo equívoco, calificándola como el arte de engañar al pueblo. Suena, para quienes así menosprecian la fe pública, que confunden voluntariamente lo que es la política con lo que ha sido su conducta de logreríos, conducta que fuerza de ser continua, los ha llevado al convencimiento cegador —porque ciegos han de ser los que han de perderse, según el viejo proverbio— de que siempre la escuela política será la misma. Están en un gravísimo error que les costará su desaparición de los cuadros militantes, no es que queramos predicar

que el pueblo una utopía, no es que queramos hacer creer al pueblo de la noche a la mañana los milagros que se han vuelto santos, como se concibe a los ángeles, pero sí queremos asegurar que está periclitando el futuro histórico de México en que la estrategia política giró en torbellinos, del poder que fuere aprovechable en favor de los intereses propios de quienes habían alcanzado. Luchamos por llegar al poder, luchar por conservarlo y luchar por mejorarlo, aparte del mecanismo de aprovechamiento, las

bases esenciales de la aspiración política mexicana. Así fue, en muchas etapas, hasta que llega el preclaro veracruzano D. Adolfo Ruiz Cortines, quien con su palabra, palabra que es como un desdoblamiento del verbo majestuoso y enérgico de Juárez, y con su ejemplo que revivía las inflexibilidades, en la pureza de su carácter, de Melchor Ocampo, subordinó toda la actividad militante en política a los postulados de la Revolución Mexicana, y entabló una lucha sin cuartel contra los intereses creados, contra la tradición logrega, de abuso y de privilegio, de demagogia y de mentira, hasta convencernos de que a partir de él, sólo la virtud podrá gobernar a México. Y así será, porque el estadista veracruzano lo ha querido, y lo ha querido porque su hombría de bien le permitió escuchar los latidos angustiosos del corazón de México, porque su honradez le permitió presentar la agonía de su pueblo y decidió inyectarle vida, al predicarle ideales a cuya luz manejó sus intereses. Si la economía del país así como todas las instituciones fueron tratadas por los políticos como medios para conseguir el poder, para conservarse en él y luego para heredarlo, evidentemente todo lo corrompieron con su ambición. Y lo corrompido no sólo no da fruto, sino que se muere. Las unidades de trabajo productivo,

comunidades agrarias y sindicatos obreros, fueron convertidas en puntales de naturaleza política. Perdida su primordial naturaleza, la función de "respaldar" sustituyó a la de "producir". Y como el respaldo amenizaba premio a las comunas, a los congresos locales, a las cámaras federales, a los altos puestos inclusive, vinieron los respaldadores, abandonando sus campos de función económica, componiendo regímenes político-sociales de empirismo absoluto. Esta actitud gubernamental en favor de los "hombres de bien", los respaldadores ignorantes, en perjuicio de "los genios del mal", los capacitados, se llamó pomposamente "actitud tutelar revolucionaria", cuando los teóricos más radicales habían postulado que la redención de los trabajadores ha de ser obra de ellos mismos. Pero lo que se quería era corromper, y los hombres del poder lo hacían para conservarse en él y luego para imponer a los sucesores que ocultaran las fallas de los regímenes que los originaron. Así fue la cadena de administraciones, de muchas administraciones: política, gobierno, planes y partidos; todo destinado a que unos cuan-

tos se hicieran inmensamente ricos o inmensamente poderosos; unos queriendo sobrevivir como dueños de los poderes ocultos del dinero; otros capitalizando sus poderes de agitación, los mismos poderes engañosos con que convirtieron a las instituciones del trabajo no sólo en constabularias, sino en instituciones del respaldo cuyos frutos son la pobreza, la división de los campesinos, de los obreros, los líderes nefastos en ambos campos, nuestra irrisoria producción con su correspondiente moneda sin poder adquisitivo, y el sangramiento de nuestra capacidad de trabajo con los braceros que se van...

Don Adolfo Ruiz Cortines desde el principio de su gobierno empezó a rectificar los desvíos. Puso a México por encima de todo. Y con el sistema de auténticas garantías logró una elección intachable de la que surgió López Mateos. En su último informe, el gran Presidente, respondiendo a los signos de descontento, de rabia impotente de los intereses creados, de los desechados, de los "desechos" políticos, habló como un maestro de América, como un Juárez redimido, ofreciendo al pueblo toda su energía para que se logre el anhelo de un México Nuevo. Y habló de las retrogradaciones políticas, es decir de regresos a prácticas políticas, como de algo que se castiga con las dictaduras. Y tiene razón el Presidente, no hay motivo, ni razón, ni menos derecho, para que México sea víctima de retrogradaciones políticas que interpretamos como fuentes de influencia en la dirección de la República, situadas, o concebidas como prácticas vigentes, en periodos de gobierno anteriores a aquel que está llamado a constituir un México Nuevo.

Nuestra fe en López Mateos es plena y firme. No estimaremos pecado que llame a sus amigos siempre que sean idóneos. Lo malo sería que llamara amigos, por el solo hecho de serlo. Los amigos no deberán molestarlo, si no son llamados. Y este será uno de los sacrificios necesarios en bien de México.

Los partidarios del "amiguismo" si no comprenden su deber al ser sacrificados, no por su amigo, ni por el mandatario obligado por su destino a no tener en cuenta sino los intereses de la patria, sino por su incapacidad, los veremos formando en las filas estériles del descontento murmurador y traicionero. En esas filas estará lo inútil y en lugar de lo fecundo de un dolor jubiloso por sentirse carne de sacrificio en pro del triunfo de México, necesariamente nuevo. Y hablamos de necesidad en la renovación, porque los pueblos no se suicidan, ni se dejan ex-

tinguir al capricho de sus enemigos. Sufren, padecen, pero de la agonía resurgen vengadores y terribles. No merezcamos ni esa cólera ni esa venganza. Impulsemos al próximo Presidente López Mateos a que cumpla con su deber, alimentemos su fe con nuestra opinión. México debe tener conciencia de la configuración de su futuro, esto es, debe integrar su pensamiento, su sensibilidad, su ideal (verse a sí mismo sublimado en el porvenir) como Nación, y aportar para esa perfección prevista toda su energía. México necesita ser fuerte, en vez de tener "hombres fuertes"; el pueblo debe ser el apóstol de sí mismo, en lugar de propiciar "apóstoles" autodidactas, sedicentes apóstoles. Es nuestro firme anhelo que el pueblo que rodeó entusiasta a don Adolfo López Mateos, vea en su administración satisfecho el afanoso grito de Santiago Argüello: No hacen falta leyes nuevas, sino hombres buenos. La bondad como categoría de lo adecuado, de lo necesario, es lo que debe entenderse por novedad en el México del próximo sexenio. El hombre adecuado para determinado propósito, será el hombre nuevo; el procedimiento necesario para determinado fin, será el procedimiento nuevo. El concepto mismo de lo necesario habrá de entenderse como aquello sin lo cual no será posible algo. Por eso los hombres del nuevo régimen tendrán que ser necesarios, es decir específicos con capacidades singulares para su misión. Y este nos parece el criterio invariable para la selección, en lugar del método tan conocido y trillado de las complacencias, en que los ministros, los funcionarios, son contados como piezas marcadas con el fierro de un amo cualquiera: fulano procede de este ISMO; Zutano y peregrano son hechura de X, etc.

A un ritmo que no tolere lo que no convenga a México, será posible llegar a ver convertido en hechos el generoso postulado ruizcortinista: "honrar a la Revolución, engrandecer a México".

pag 55
Recortes